



DON CARLOS CLAVERÍA LIZANA

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LXI. - TOMO LIV. - SEPT.-DIC. - CUADERNO CCIII

Carlos Clavería Lizana

(1909 - 1974)

Al reunirnos hoy en lo que de ordinario sería alegre reencuentro después de las vacaciones, la definitiva ausencia de Carlos Clavería ensombrece el ánimo de cuantos tuvimos el privilegio de su amistad. Breve fue su permanencia en esta casa. Reciente está en nuestra memoria el acto de su recepción, cuando leyó su magistral discurso sobre *España en Europa* con apagada voz de enfermo, a la que contestó, vibrante y sonora, la de nuestro Censor. En la respuesta, tras el elogio del nuevo académico, se expresaba el común deseo de que el ilustre nómada hallase duradero asiento entre nosotros. No ha ocurrido así: poco más de dos años después, en la noche del 15 al 16 de junio último, Carlos Clavería, llevado nuevamente a Oviedo por obligaciones de su cátedra, partió de allí en repentino viaje al "portus quietis" de la eternidad. Nuestro Director me encomendó la necrología del llorado compañero: tarea difícil cuando todos tenemos presente aún la enumeración de sus méritos y obras, hecha en la mencionada solemnidad académica con palabra mucho mejor que la mía. De todos modos, para cumplir el encargo recibido, honroso y penoso a la vez, evocaré la persona de Carlos Clavería mezclando a veces mis recuerdos personales, y reflexionaré con vosotros sobre lo que estaba llamado a ser en la universidad española, con el dolor de que tal misión no llegara a cumplirse.

Carlos Clavería nació en Barcelona el 25 de marzo de 1909, de padre aragonés y madre castellana, hijos los dos de magistrados con destino en la Ciudad Condal. Hizo allí sus estudios de Bachillerato, así como los de Licenciatura en Letras y en Derecho. En el otoño de 1929 vino a Madrid para cursar las asignaturas de Doctorado en compañía de otros jóvenes catalanes: Guillermo Díaz-Plaja, Ramón Aramón, Juan Ramón Masoliver. Recuerdo la aparición del grupo en la clase de Filología Románica que Don Ramón Menéndez Pidal daba en el Centro de Estudios Históricos. Al principio, la relación entre los doctorandos barceloneses y los de otras regiones españolas no pasaba de la fría y correcta coincidencia en las aulas; pero una estudiante de Madrid, entonando una canción catalana, tuvo la virtud de romper el hielo. En el caso de Clavería no se precisaba mucho para abrir paso a su desbordante afectividad. Necesitaba amigos para quererlos y sentirse correspondido, explayarse con ellos y saber de sus fortunas y adversidades; en la conversación daba suelta a un ingenio inagotable, a una contagiosa capacidad de animación que operaba con palabra aguda y plástica, entonación vivaz, mímica expresiva, torrencial simpatía y risa abierta que todos los circunstantes acababan por compartir. En uno de sus más recientes poemas Jorge Guillén exclama “¡Tierra!” ante la idea de un café con amigo. Otro tanto hubiera podido decir Clavería, ávido siempre de darse a los demás y acogerlos dentro de sí como escala y refugio en sus incésantes peregrinaciones.

No tengo noticia de que padeciera conflicto interior profundo a causa del contraste entre la raíz familiar castellano-aragonesa y la catalanidad de nacimiento y ambiente universitario. Si lo hubo, debió de superarlo muy pronto con decidida elección por la lengua y literatura castellanas como campo de sus estudios. Sin embargo, los dos factores influyeron en él. En 1924, el año de su ingreso en la universidad, apareció un libro que

había de orientar sus aficiones lingüísticas: las Notas de Max Leopold Wagner sobre el argot barcelonés. Con ellas se inauguraba en el dominio hispánico el estudio científico de los gitanismos y elementos jergales, que entre nosotros sólo habían sido hasta entonces objeto de exploraciones someras o de meritorios trabajos de recolección. Barcelona, la gran ciudad de intensa vida intelectual y económica, es además uno de los principales centros emisores del canto y baile flamencos; el libro de Wagner no hablaba allí de lejanías pintorescas, sino de realidades inmediatas: el caló, veta exótica cuyos orígenes y antigüedad no obstan a su activa penetración en el coloquio popular; la jerga, creación anónima de un lenguaje afiladamente significativo y sin cesar renovado. Clavería se sintió atraído por los gitanismos y el argot, por su aceptación en el habla diaria y por su reflejo en la literatura castellana; y cuando, fuera de España, dispuso de la necesaria bibliografía, lanzó artículo tras artículo sobre complicados gitanismos, léxicos, y excelentes panoramas de los problemas que atañen al vocabulario popular español.

Lector de Lengua española en la universidad de Marburgo desde 1931, pasó a Frankfurt en 1933, y tras el intervalo de la guerra civil, a Uppsala, donde enseñó de 1940 a 1946. Realizó así el anhelo de conocer y vivir la actividad intelectual europea, ampliar horizontes y volcarse sobre la literatura universal. Una de las razones que más contribuyen a encastillar nuestra investigación literaria en los límites de lo puramente nacional es la escasez de nuestras bibliotecas en libros y revistas de otras literaturas; más profunda y grave es otra causa, el desinterés de los españoles por cuanto no nos toque directamente. Ninguna de las dos afectaba a Clavería, para quien no eran ajenos los valores humanos de las creaciones no españolas, y que podía saciar su afán de saber en las ricas bibliotecas de Alemania y Suecia. Allí se preguntó qué ha significado España en la cultura occidental, ese interrogante que atosiga a todo español en

cuanto, provisto de conciencia histórica, mira más allá de sus fronteras; y se consagró a la empresa de encuadrar las obras literarias españolas en el marco de la literatura universal con amplitud de visión y sin aventurarse en presunciones mal fundadas. Huyendo del ensayismo, se esforzó por tener en cuenta toda la bibliografía que rozase los temas elegidos, desde la más antigua hasta la novísima. Y no lo hacía por alardear de información, sino para acendrar con el máximo conocimiento y rigor la validez de sus hallazgos, sin descubrir mediterráneos ni omitir pistas que pudieran ser útiles. En el prólogo a sus *Estudios sobre Unamuno* dice a propósito de las abundantes notas que los acompañan: “Los lectores pueden, si quieren, prescindir de esos ‘andamios’ de la erudición, que tan poco gratos fueron siempre a don Miguel. Que sean únicamente testimonio del tesón y fervor con que se quiere penetrar e interpretar su obra”. Hagamos hincapié en estos dos verbos “penetrar” e “interpretar”, porque los estudios literarios de Clavería, si aquilatan minuciosamente los detalles, no pierden de vista los puntos esenciales que pretenden —y logran— iluminar. Esenciales son en Clarín los influjos de Flaubert y Renán; en Antonio Machado, los de Bergson y Heidegger; en la obra de Azorín, la génesis y presencia de la idea del tiempo; en Unamuno, la “enfermedad de Flaubert”, el tema de la envidia y la huella de Carlyle; la de Michelet, en el estilo y visión histórica de Ortega y Gasset; en Fernán Pérez de Guzmán, la escala de valores a que se atienen sus juicios sobre los príncipes y ricoshombres de la Castilla cuatrocentista en las *Generaciones y semblanzas*. La importancia y sugestión de estos problemas han atraído tanto a la investigación posterior que han llegado a hacérsenos familiares; pero no debemos olvidar que quien puntualizó el alcance de unos o levantó la caza de otros fue Carlos Clavería en la serie de estudios con que a partir de 1941 se nos presentó armado de todas sus armas. Si por una parte se ocupaba de influencias euro-

peas en nuestros autores modernos, se interesaba también, como contrapartida, por la repercusión de Guevara, Gracián, los poemas cídicos y otras obras españolas en Suecia, reflejo de la que antes habían tenido en países menos remotos. En 1945 se doctoró en Madrid con una tesis excelente sobre *El caballero determinado* de Olivier de la Marche, sus versiones españolas y la importancia de la tradición borgoñona en Carlos V. La solidez y maestría de sus publicaciones, su vasto conocimiento de la literatura occidental, y su envidiable don de lenguas señalaban a Clavería como el profesor más idóneo para iniciar seriamente en la universidad española el cultivo de la literatura comparada.

Pero a la atracción europea sucedió la americana. La Universidad de Pennsylvania le ofreció un puesto permanente en su Departamento de Lenguas Románicas, y en 1946 Carlos dejó las brumas nórdicas para instalarse con su mujer, Luisa Soria, y con su hijo Erik, en las cercanías de Filadelfia. En vísperas del traslado, una visita suya a Salamanca, donde yo desempeñaba entonces cátedra de Instituto, anunció la muy estrecha relación que dos años más tarde habíamos de tener en los Estados Unidos. En su casa de Overbrook o en las que pasajeraamente ocupamos en Princeton y en New Haven mi mujer y yo, nos veíamos con frecuencia los dos matrimonios y reuníamos a otros españoles que andaban por aquellos pagos: Amado Alonso, Miguel Catalán y Francisco Durán-Reynals, figuras insignes en los distintos campos del saber y entrañables amigos de imborrable recuerdo; alguna vez tuvimos la suerte de ver también a nuestro Director. En la Universidad de Pennsylvania Carlos Clavería se ganó muy pronto el afecto y la admiración de colegas y estudiantes; pero allí mismo empezó a sentir la añoranza de España.

Era inevitable. Tras el deslumbramiento producido por la mayor anchura de perspectivas y la mayor facilidad para la investigación y la convivencia, surge poderosamente el sentimiento de desarraigo, la concien-

cia de que no hay íntima compenetración con el ambiente. Más aún para quien se ha entregado a escrutar las esencias espirituales de su país de origen con entusiasmo y pasión dolorida que sólo sus coterráneos pueden compartir con igual calor. Hay un momento en que el profesor dedicado a formar hispanistas siente el ansia de formar españoles. En junio de 1949 iba yo a dar un curso en la Universidad de California y Carlos vino a Nueva York para despedirme. En el tráfago de la Pennsylvania Station me descubrió su cansancio de profesor errante, y yo le animé para que opositara a alguna cátedra universitaria española, a fin de que tuviese abierta la posibilidad de regreso el día en que la nostalgia llegara a hacérsele irresistible. No sé ahora si aquel consejo fue acertado o si contribuyó a acrecentar la tensión entre los dos impulsos que en Carlos polemizaban. Un año después, en agosto de 1950, había ganado ya sus oposiciones y era catedrático de Gramática General y Crítica Literaria en la Universidad de Murcia. Desde entonces su actividad se repartió entre intentos de acomodación a la vida española y frecuentes salidas al extranjero. No es fácil readaptarse a los hábitos nacionales cuando se han pasado fuera tantos años. Clavería venció todas las dificultades que podían resolverse a fuerza de saber, labor eficaz y cordial generosidad ganadora de amistades. En Murcia y después en Oviedo su paso dejó gratisimo recuerdo. Pero hay barreras que las condiciones personales no pueden superar: la Universidad española está regida por una serie de disposiciones legales que, si tienden a evitar arbitrariedades y favoritismos, le quitan elasticidad. La resistencia a crear nuevas enseñanzas y flexibilizar los planes impidió que en nuestras Facultades de Letras hubiera cátedras de literatura comparada: todavía no las hay. Pese a las campañas de supuesta "recuperación de cerebros", nuestra legislación no permite valorar suficientemente en los concursos los méritos contraídos fuera de España, aunque hayan servido al mejor conocimiento y estima-

ción de nuestras letras en el mundo. Clavería volvió a salir para defenderlas en universidades norteamericanas —Pennsylvania, Bryn Mawr, Los Ángeles— y sobre todo como Director de los Institutos de España en Munich (1956-1960) y en Londres (1963-69); tarea difícil, que requiere dotes de diplomático, prestigio intelectual y conocimiento del ambiente. De nuevo sus cualidades excepcionales se sobrepusieron a todos los obstáculos: en Munich, partiendo de cero, dejó en marcha un centro activo y bien acreditado, digno representante de nuestra cultura; en Londres, donde el Instituto contaba con tradición previa, logró atraer a muchos hispanistas antes reacios; y a pesar del quehacer docente, de las exigencias sociales anejas al cargo y de los problemas administrativos, sacaba tiempo para la gran obra que preparaba acerca de la recepción de la literatura española en Europa y de la que tantas publicaciones suyas eran anticipo: el último, su discurso de ingreso en esta Academia.

Su ingreso no significó principio de colaboración suya en esta casa. Antes, de 1961 a 1963, había compartido en el Seminario de Lexicografía las tareas del Diccionario Histórico; y debo decir que su empuje, unido al de Alonso Zamora y Manuel Seco, permitió alcanzar un ritmo de producción menos lento sin daño de la calidad. Años después, ya académico, se reincorporó al Seminario en un esfuerzo heroico, a pesar de la grave enfermedad que va lo aquejaba.

Hemos perdido a Carlos Clavería. Sólo Dios sabe si, a pesar de su exuberancia jubilosa, no podía más en él la íntima tristeza que a menudo manifestaba, y a la que no poco hubo de contribuir el continuo trasiego. Por encima de la fatiga y el tedio, mantuvo siempre enhiestos el afán de alcanzar la verdad y el ansia de efusión cordial. Que hoy los satisfaga en el seno de Quien es Verdad absoluta y Amigo eterno.

4 de octubre, 1974.

RAFAEL LAPESA.